



EL HOMBRE DEL SOMBRERITO

Una vivencia singular

Cuando se habla de sucesos complicados o llenos de sencillez, pero que son raros, regularmente hay la tendencia de no creer que hayan sido reales y hay mucha razón, pues a veces las circunstancias de la persona cuando tiene determinada experiencia tienden hacer fuera de lo común, más en otras ocasiones se tiene la certeza de estar en pleno dominio de facultades y se puede asegurar que lo que se está comunicando como vivencia es conscientemente verdadero.

Se sabe que cualquier lugar joven o viejo, chico o grande, tiene su pléyade de narraciones de apariciones bien sean en forma de ruidos, luces, figuras humanas o de animales, sensaciones como tocamientos, soplos, ventistas, etc., y en este supuesto quiero ubicar a El Fuerte, está más de cuatro veces centenaria comunidad que platica algunas cosas que aún sobreviven del antiguo cumulo de sucesos inexplicables que aquí se daban. Quiero platicar una de tres o cuatro cosas que a mí me sucedieron, asegurando que en esas y otras más, nunca hubo una situación intermedia de enajenación psíquica o física, siempre puedo levantar la mano para responder por su veracidad; hay les va la primera narración:

En los cincuenta y tantos y hasta hace unos pocos años, estaban en la esquina que forman las calles Republica y Rubí; ahí donde ahora se encuentra “La Ley”, unos viejos y grandes mezquitones que de día brindan la fortaleza de su sombra y por las noches se vestían de una oscuridad con aura de misterio.

Entre estos adustos árboles se hallaba tirado un enorme tronco que con frecuencia servía como banqueta donde se podía descansar protegerse seres humanos y animales, en la mayor parte del tiempo inclemente aderezado por las zarpas del dios Febo, sobre todo en el bochorno veraniego. Era común ver gentes, vacas, caballos, burros y uno que otro perro aprovecharse del paternal cobijo de esos vegetales seres.

Pues verán ustedes. Una noche regresábamos del cine Tepeyac, mis futuras suegra, cuñada, y mi novia; acompañándolas hasta su casa me despedí y enfoque la marcha de regreso sobre la República. Tal como noche a noche lo hacía: recogí un par de piedras por aquello de que algún perro alebrestado amenazara con atacar mi integridad física, avance por media calle entonando con afinado silbido una melodía de moda.



EL HOMBRE DEL SOMBRERITO

Una vivencia singular

Una presumida luna resplandecía lanzando su excelsa luminosidad y acentuando contraste de pronunciadas sombras. Satisfecho por la sensación del nocivo amor marchaba confiado por la familia ruta, escueta y silenciosa a esas altura de la media noche, cuando de pronto atrajo mi atención una bien definida silueta de alguien que estaba sentado sobre el singular tronco reposante. Era nítida la figura resaltada por la abundante claridad del extenso y plano terreno que la respaldaba.

Cuando me disponía a dar la vuelta por la calle Rubí, me di cuenta que aquel se levantó con el intento de tomar mi rumbo, fije más la vista para ver si se trataba de algún conocido y alo mejor nos acompañamos en el viaje, en ese instante nos separaban unos veinte metros aproximadamente, seguí el curso previsto y de momento sentí la proximidad del tal sujeto; medio me detuve volteando y lo vi inexplicablemente como a cinco metros de aproximación, quise entender porque tan pronto se había acercado, pero predomino la curiosidad de su aspecto: chaparro, complexión mediana, huaraches, pantalón y chamarra corta de mezclilla, bien visibles por la celene claridad. Un sombrero corto, oscuro de ala angosta, que por la sombra que proyectaba no dejaba ver la cara. Otra cosa, y esa si me impacto; no movían las piernas en acción caminante, es decir, se veía estático.

Luego de ese instante con algo de preocupación reanude la marcha; no había avanzado tres metros y volví a voltear y el tipo se encontraba como a diez metros atrás, aumento la sensación de inquietud y duda; apreté el paso. Ya había pasado frente las casas de: Santiago Flores, Dorita Lopez y la familia de Chulleco, iba frente al solar donde ahora hay un hotel, y prosiguió la misma forma de acercamiento y lejanía alternas del hombre de sobrio comportamiento. Yo no sabía que me impactaba más, si la preocupación o la curiosidad.

Seguía caminando aprisa, volteando casi constantemente, caí en cuenta que en la siguiente esquina, afuera de la casa de Chico López un largo y chueco palo servía de poste a un foco; pensé, “cuando le dé la luz a fuerzas le voy a ver la cara”, sobre esto me di cuenta que el hombrecillo dejo la media calle y se aproximó al cerco que circundaba un árido solar; ahí donde mero hay un changarrito de abarrotes. Entre que vi hacia adelante, rzone que ya no habría posibilidad de “verle la cara”, y volver la atención a donde al ya misterioso individuo se dirigio: anda vete, ni sus luces; me hice cruces respecto a donde



EL HOMBRE DEL SOMBRERITO

Una vivencia singular

pudo marchar el susodicho, extendí la vista por todo el despoblado y bien iluminado terreno; y nada.

...si fuera ahora habría dicho “hay guey”... y, para eso ya llegaba al cruce con la calle Donato Guerra, cuando de pronto percibí una leve corriente de aire, y entonces sí; me recorrió un estremecimiento desde la nuca hasta los talones, se me paro el greñero; no corrí porque no pude, pero acelere a mas no poder, todo tieso el paso:

Hasta ganas de rezar me dieron.

No me acuerdo como llegue más adelante, cuando entre en razón ya estaba pasando frente a la Mutualista; con decir que esa noche no me anime a apagar el foco cuando tendido sobre el catre quise dormir. De lo cual poca chance tuve.

Tiempo más adelante, conviviendo en la Tecate con dos o tres contertulios, la charla recayó en los “aparecidos” de El Fuerte; en ella alguien dijo medio bromeando, “como el del sombrero”, ese quien es interrogue, y se mencionó su aparición tal como sucedió aquella noche, entonces afirmé, “yo lo vi”. Y narre todo lo que en estas letras he contado, en el mismo son de broma se dijo: “solamente se les aparece a los novios que pasan por ahí”. Hasta ese día me convencí que realmente existió “el hombre del sombrero”.

Ese espanto pacífico, silencioso estático relativamente que no tenía más efecto que despertar curiosidad y algo de preocupación. Existió digo, porque ahora todo espanto, aparecido, o ser del mas allá, que se respete; tendría que ser muy valiente para hacerse presente en los álgidos y descreídos tiempos. Pero, ¿ya no hay aparecidos?